

E. M. Cioran. La plegaria de un dacio

Vasilica Cotofleac

Se ha dicho de E. M. Cioran que es escéptico, nihilista o *tal vez* existencialista, que no es un filósofo de escuela, que su obra no admite comparación aceptable alguna y que resulta muy difícil calificarla por referencias. Pero la afirmación de su originalidad, aparte de no resolver la dificultad interpretativa palmaria, le abre paso obligado, además, a la interrogante acerca de sus fuentes particulares. ¿De dónde o de qué surgió, entonces, esta postura intelectual tan singular, este discurso que va trenzando con tanta agresividad la pregunta, la duda y la invectiva en ese grito único de renuencia inexceptiva? ¿Qué hay detrás de él, más allá de la experiencia estigmatizante de apátrida solitario condenado a la “hrana cu nevoie a pribegiei” (como se refería al exilio un prócer medieval)?¹

Un posible indicio al respecto lo ofrece él mismo, cuando, en un texto de *Ejercicios de admiración*,² establece una analogía entre la última página del *Breviario de podredumbre* y un poema del escritor más representativo de su país natal, Mihai Eminescu: *Rugaciunea unui dac*.³ La plegaria de un dacio, la oración “más clarividente” y la “más despiadada” que se conoce - cree Cioran, “la expresión exasperada, extrema, de la nada rumana”⁴ arraigada en el sinfín de adversidades que oculta el “enigma” - sin “razón precisa” en el Occidente⁵ - de este pueblo. El “más pasivo, el menos revolucionario que pueda imaginarse, el más *sensato*, a la vez en el buen y en el mal sentido de la palabra”; una nación que “habiéndolo comprendido todo no puede elevarse ni rebajarse a ninguna ilusión”.⁶

Eminescu perteneció a la fase tardía del romanticismo literario, corriente asimilada en el este europeo después de 1850, cuando en las regiones centrales el realismo derivaba en el cuadro teórico de la futura estética naturalista. En 1879, fecha de publicación de *La plegaria* - apenas unos meses antes de la aparición en Francia de *Le roman experimental* de E. Zola -, tenía 29 años. En ese momento, el pesimismo de Schopenhauer y de sus discípulos seguía propagándose y envolvía en sus reverberaciones los más lejanos círculos ilustrados del continente. Por lo cual se concluyó, que el pesimismo de la etapa inicial de la creación eminesciana no podía ser, pese a su intensidad, producto de las depresiones

¹ (“la vida difícil del destierro”); George Mihaila (ed.), *Invataturile lui Neagoe Basarab catre fiul sau Theodosie (Las enseñanzas de Neagoe Bararab para su hijo Theodosio)*, Roza vanturilor, Bucuresti, 1996, p. 309.

² *Sobre un poema de Eminescu. (Rugaciunea unui dac)*, en E. M. Cioran, *Ejercicios de admiración*, Tusquets, Barcelona, 2000, p. 192 – 193.

³ Ver Apéndice

⁴ *Sobre un poema...*, p. 193.

⁵ “Más de un occidental ha visto en la literatura rumana un aspecto sombrío, extraño, en un pueblo que tiene la reputación de frívolo. Ese aspecto existe indiscutiblemente y suele atribuirse, por falta de una razón precisa, a las condiciones históricas, a las adversidades ininterrumpidas de un país que siempre estuvo al merced de otros imperios.” *Ibid.*, p. 192. A estas condiciones históricas se había referido el autor antes, en unas páginas de gran finura y agudeza escritas en 1957, bajo la impresión de la insurrección húngara: “¿Quién se rebela, quién se subleva? Raramente los esclavos, pero casi siempre el opresor convertido en esclavo. Los húngaros conocen de cerca la tiranía por haberla ejercido con una habilidad incomparable: las minorías de la antigua monarquía podrían dar testimonio. (...) Pero nosotros [los rumanos], querido amigo, no habiendo tenido hasta ahora la suerte de ser opresores, tampoco podíamos tener la de ser rebeldes. Privados de esa doble dicha, llevamos correctamente nuestras cadenas, y haría prueba de mala voluntad negando las virtudes de nuestra esclavitud, aunque reconozco, sin embargo, que los excesos de nuestra modestia nos llevan hacia extremos inquietantes.” *A propósito de dos clases de sociedad. Carta a un amigo lejano*, en E. M. Cioran, *Historia y utopía*, Tusquets, Barcelona, 1998, p. 24 –25.

⁶ *Sobre un poema...*, p. 192.

personales del autor: fuerte y sano, el genio de Ipotesti “cantaba con una especial voluptuosidad la vanidad del mundo, del mismo modo en que, en un grado u otro de sinceridad, lo hacían los demás”.⁷

La interpretación de este aspecto en Cioran, también centrada en el dato - clave - de la juventud del artista, no se detiene en el conjunto de influencias librescas, para considerar, en cambio, condiciones supuestas en planos subjetivos mucho más profundos, en sedimentos de espiritualidad compactados en el tiempo biográfico: el pesimismo del poeta sería, así, en primer lugar e independientemente del modelo formal de inspiración foránea incuestionable, efecto de los reveses propios, de algunos sucesos de graves repercusiones emocionales culminadas en un despertar reflexivo:

Recordemos que Eminescu era joven cuando escribió esa terrible y exaltadora acusación contra la existencia. Semejante apoteosis negativa sólo podía tener un sentido si procedía de una vitalidad intacta, de una plenitud que se volvía contra sí misma. Un anciano decepcionado no intriga a nadie. Pero estar de vuelta de todo desde las primeras perplejidades equivale a un salto en la sabiduría que marca para siempre.⁸

Frente a la opacidad de la vida, que aun cuando le fue concedida como un privilegio no le resulta más que dolor constante e injustificado, el dacio, lejos de aspirar al favor celestial, sólo anhela el retorno a la eternidad. Su desconsuelo es – nos dice Cioran - el desconsuelo de una estirpe entera: sentimiento de ‘calibre’ colectivo, sublimación de la amargura y de la rabia de todas las derrotas padecidas generación tras generación. El *destino*, concepto cuya filogénesis en la cultura de esta raza se extendió a lo largo de un amplio ciclo histórico de quiebras apagadas en la mezcla de hastío y conformidad que pesa en su psicología, cristalizó en la conciencia grupal la semilla de una actitud peculiar frente a la existencia, originó el fundamento de una cosmovisión de base afectiva en virtud de la cual, como por medio de alguna clase de “código de la desesperación” atávico, hereditario, consanguíneo,⁹ la cotidianidad perpetúa la tendencia a desdoblarse en una “rutina del suspiro y del infortunio”; al tiempo que en una entrega estoica a lo inevitable,¹⁰ sobre la premisa resignante de la intrascendencia general, que lleva la eventual diversidad electiva al denominador común del indiferentismo.

Pero en el enojo del dacio y en su ansia de paz eterna, en esta apología no disimulada de la inexistencia (evocadora – de paso sea dicho – del pesimismo mítico-religioso¹¹ y literario¹² griego), hay algo más que huida, se vislumbra algo más que desistimiento deprimido frente al mal que impregna y carcome el mundo y a la fragilidad del ser humano a merced de una suma potencia universal como las hojas a la del viento (según

⁷ George Calinescu, *Opera lui Mihai Eminescu*, t. II, Minerva, Bucuresti, 1970, p. 109.

⁸ *Sobre un poema...*, p. 193.

⁹ “Uno de mis primos, que murió joven, me escribía: ‘Todo es como siempre ha sido y como será sin duda hasta que no quede ya nada.’ Por su parte, mi madre terminaba la última carta que me envió con esta frase testamento: ‘Haga lo que haga el hombre, le pesará tarde o temprano.’ Y pensar que ni siquiera pude envanecerme de haber adquirido a mis expensas ese vicio del lamento. Me precede, forma parte del patrimonio de mi tribu. ¡Vaya herencia, esa incapacidad para la ilusión!” E. M. Cioran, *Del inconveniente de haber nacido*, Taurus, Madrid, 1998, p. 66.

¹⁰ Como en las páginas de los cronistas medievales locales, de los cuales Cioran cita al primero, Grigore Ureche: “No es el hombre quien gobierna los tiempos, sino los tiempos los que gobiernan al hombre.” *Pequeña teoría del destino*, en E. M. Cioran, *La tentación de existir*, Taurus, Madrid, 1981, p. 50 – 52.

¹¹ La orgullosa madre de Cléobis y Bitón le pide a la diosa Hera que les diese a éstos “lo mejor que puede alcanzar el hombre” y decide, así, la muerte de los dos jóvenes. Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, I, Oveja negra, Bogotá, 1983, p. 85.

¹² Teogonis, Píndaro y Sófocles proclaman que la mejor suerte para los hombres es no nacer o, si ya nacieron, morir cuanto antes. Mircea Eliade, *Istoria ideilor si credintelor religioase*, t. I, Humanitas, Bucuresti, 1992, p. 273.

Homero).¹³ Un inesperado orgullo,¹⁴ emanado seguramente – como todo orgullo – “de la tensión y de la fatiga de la conciencia, de la imposibilidad de existir ingenuamente”,¹⁵ aviva la osadía frente a un dios interpelado directa e incisivamente o increpado por el rodeo de la gratitud irónica, mordaz, en el ardor de una protesta por la irrealización humana en la plenitud de un sentido. De una cólera no como la desatada ordinariamente por el hombre contra los objetos (o a partir de los objetos contra sí mismo), a la manera del sujeto que, al no poder deshacer el nudo de las cuerdas que le atan se retuerce en todas las direcciones (para aprovechar un ejemplo de Sartre),¹⁶ sino contra otra racionalidad. La desesperación y la vehemencia verbal no son, luego, simples indicativos de un procedimiento de resolución de algún malestar interno, de una técnica de distensión y recuperación del equilibrio individual. Ambas traducen, en su simultaneidad efectiva, los estremecimientos del alma ante la suspensión de las relaciones con la transcendencia y de la esperanza, materializados en los vibrantes acentos de rechazo y altivez dirigidos al responsable de tan delusoria existencia. En el fuego del sufrimiento el orgulloso no halla otra salida digna que la propia destrucción; que proferir “el gran sí”, que es el sí a la muerte.¹⁷ Como una forma definitiva de imponerse, por el recurso severo e irrecusable de la negación completa, de todo, incluyendo el dominio de aquella otra racionalidad. “Negar: no hay nada como eso para emancipar el espíritu,”¹⁸ para elevarse por encima de las contrariedades suscitadas dentro del devenir contingente, por encima, incluso, del conflicto divino:

*Uno no acaba nunca con Dios. Tratarlo de tú a tú, como enemigo, es una impertinencia que fortifica, que estimula; y son dignos de lástima aquellos a quienes ya no irrita más. Qué suerte, en cambio, poder, desvergonzadamente, hacer recaer sobre él la responsabilidad de todas nuestras miserias, agobiarlo e injuriarlo, no perdonarlo en ningún momento, ni siquiera durante nuestras plegarias.*¹⁹

La restrictividad sobrehumana de las doctrinas fatalistas, con raíces arquetipales en la inexorable *moira* debatida y ratificada en los lúgubres acordes corales de la tragedia ática, es superada en *La plegaria* por un pronunciamiento, desde abajo, de desobediencia destitutiva de la jerarquía, desarticulante de un paradigma de poder y dependencia inobjetable por tradición; de conversión del sujeto-paciente en agente de conmutación estimativa de los signos “positivo” y “negativo” entre los contrapuestos vida – muerte, en un proceso de reajuste de las coordenadas de la exterioridad a las certezas propias.

Cioran coincide en sus escritos, hasta cierto punto, con este planteamiento eminesciano. En su meditación el destino no es uno de tipo causal-teleológico, como en los pensadores que, oscilando en el tratamiento de este argumento entre la concepción de una determinate exógena al hombre y la de una endógena, jalonaron el curso de la materia de la *Stoá poikile* a Nietzsche. Sino uno de principio nihilista que excluye, junto con el fin *del* (y *en medio del*) advenir terrenal, también el sentido; que el individuo se ve, por ende, motivado a atribuírselo a la muerte, – entendida no como simple acto que da inicio a la “carroña” material,²⁰ sino como continuo que “precede y sobrevive a la vida”²¹ (contra todas las dudas que despierta lo indemostrable):

cuando tras numerosas pruebas el “destino” se nos revela, él nos invita a verlo como un límite, una realidad más allá de la cual toda búsqueda carecería de

¹³ *Iliada*, VI; en Homero, *Iliada – Odisea*, Oveja negra, Bogotá, 1983, p. 85.

¹⁴ (“Para pedir tus dones no doblo la rodilla”); *infra*.

¹⁵ *Odisea del rencor*, en *Historia y utopía*, p. 107.

¹⁶ Jean-Paul Sartre, *Bosquejo de una teoría de las emociones*, Alianza, Madrid, 1999, p. 56 – 57.

¹⁷ *La tentación de...*, p. 190.

¹⁸ *Ibid.*, p. 189.

¹⁹ *Odisea del rencor*, p. 109.

²⁰ *La tentación de...*, p. 203.

²¹ E. M. Cioran, *El libro de las quimeras*, Tusquets, Barcelona, 2001, p. 98.

*objeto. Pero, ¿es verdaderamente un límite, una realidad tal como pretende? Mucho lo dudamos, de tan sospechoso como nos parece cuando quiere fijarnos en él e imponérselo. Sentimos claramente que no podría ser un término y que a través de él se manifiesta otra fuerza, ésta sí, suprema. Sean cuales fueren los artificios y los esfuerzos de nuestro pensamiento para disimularnosla, acabamos, sin embargo, por identificarla, incluso para nombrarla. Y lo que parecía acumular todos los títulos de lo real no es ya más que un rostro. ¿Un rostro? Ni siquiera, sólo un disfraz, una simple apariencia de la que esa fuerza se sirve para destruirnos sin tocarnos. El destino no es más que una máscara, como máscara es todo lo que no es la muerte.*²²

El “destino” que se revela en la transitoriedad del hombre, en la zona de búsqueda con objeto de más acá, en el ámbito de la circunstancialidad intentada como vía de realización, es apenas un destino *aparente*, un medium a través del cual señala su concurrencia “otra fuerza”, suprema e ineludible. Residente en la incompletud oriunda del ente, en su carácter de “parte y sólo parte”, de “mero trozo”, de “pedazo” o de “muñón”²³. Subtensa de la existencia encallada en el esfuerzo proyectivo de la voluntad ante una fenomenalidad de fragmentariedad insuperable y excelencia de fin inalcanzable, de su inautenticidad revertida en la nostalgia persistente de “reposo en la indistinción” del flujo de vitalidad universal primaria.²⁴ Un *destino* de negatividad connatural y ‘epifanía’ de contenidos invariablemente pesimistas. De marcas eidéticas muy distintas, por tanto, de las del *daimon* o del *genius* encauzador y protector por igual de personas, de objetos y de lugares en calidad de *natale comes*; del *fatum*, que vincula por una cadena causal la totalidad de los sucesos, o de la *providencia* que guía como una potencia sobrenatural los acontecimientos de la duración íntima. Un destino de autoridad genuina e inalterable, inhabilitante del “destino”-máscara que se insinúa en la marcha fáctica, en el retículo de coincidencias y divergencias, de correspondencias y oposiciones resultadas del juego de los particulares entre necesidad y libertad, y, junto con él, de la “visión sustancial” característica del espíritu “autónomo” (desviado de su naturaleza por la cultura) que les confiere a los significados “base” o “resistencia” existenciales. Y que supone, en virtud de su potestad absoluta, ejercitada desde la inmutabilidad entitativa del ser humano, un radio de alcance que traspasa (a diferencia del falso destino) la divisoria metafísica; cónsono con una visión “definitiva”, “hasta el fondo de los significados” (mirada ‘radiográfica’ de máxima luminosidad y nitidez del ‘bulto redondo’ fenomenal), que transforma la significación en in-significado, “desvitalizándola” (privándola de su consistencia) y reduciéndola a “una transparencia equivalente a la nada”.²⁵ Transfixión de la finitud y de la provisionalidad de lo temporal hacia lo infinito y lo eterno del cual todo emerge y al cual todo vuelve en una incesante recirculación elemental, que pone de manifiesto la identidad del trimorfismo léxico *muerte – nada – ser*. Y, anota Cioran, como ‘repujando’ en sus palabras la intuición rumana de esta identificación y de la desfiguración de la potencialidad de la *Vida* en la accidentalidad figural (espléndidamente formalizada en la alegoría de la balada ancestral), “la nada es primordial”; por eso, en el fondo, “*todo es nada*”.²⁶

Evocación latente del *páthos* eminesciano de *La plegaria*, el segmento final del *Breviario de podredumbre* asoma, por la disyunción cualitativa esbozada entre el malogro del hombre en el mundo temporal, ontogenéticamente prescrito,²⁷ y la pureza y unidad del

²² *Significación de la máscara*, en *La tentación de...*, p. 174.

²³ José Ortega y Gasset, *¿Qué es filosofía?*, Espasa-Calpe, Madrid, 1995, p. 109

²⁴ *La tentación de...*, p. 18; *El libro de...*, V, especialmente p. 144 – 145.

²⁵ *El libro de...*, p. 235.

²⁶ *Ibid.*, p. 99.

²⁷ “desenlace previsto, espantoso y vano”. E. M. Cioran, *Breviario de podredumbre*, Taurus, Madrid, 1997, p. 275.

ser eterno,²⁸ al menos la compatibilidad con un patrón perceptivo y actitudinal existencial germinado y configurado en el espacio y en los avatares de una permanencia étnica definida. Que, activada en su especificidad como un resonador de lectura, depura matices en el texto, desvela afinidades y ascendencias que contribuyen a enmarcar y afianzar con el cimiento preciso una reflexión que esencializa en su filón trágico los estragos entrópicos de un modo histórico. Con una sensibilidad que transluce, quizás, en su llamativa diferencia, los vestigios de unos irrevocables vínculos cifrados en la memoria de las edades.

Bibliografía

A)

- E. M. Cioran, *Ejercicios de admiración*, Tusquets, Barcelona, 2000.
 _____ *La tentación de existir*, Taurus, Madrid, 1981.
 _____ *Del inconveniente de haber nacido*, Taurus, Madrid, 1998.
 _____ *Historia y utopía*, Tusquets, Barcelona, 1998.
 _____ *Breviario de podredumbre*, Taurus, Madrid, 1997.
 _____ *El libro de las quimeras*, Tusquets, Barcelona, 2001.

B)

- Calinescu, George, *Opera lui Mihai Eminescu*, Minerva, Bucuresti, 1970.
 Eliade, Mircea, *Istoria ideilor si credintelor religioase*, Humanitas, Bucuresti, 1992.
 Eminescu, Mihai, *Poesías*, Minerva, Bucarest, 1989. Tr. esp. Valeriu Georgiadi.
 Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, Oveja negra, Bogotá, 1983.
 Homero, *Iliada – Odisea*, Oveja negra, Bogotá, 1983.
 Mihaila, George, (ed.), *Invataturile lui Neagoe Basarab catre fiul sau Theodosie*, Roza vanturilor, Bucuresti, 1996; original < 1521.
 Ortega y Gasset, José, *¿Qué es filosofía?*, Espasa-Calpe, Madrid, 1995.
 Sartre, Jean-Paul, *Bosquejo de una teoría de las emociones*, Alianza, Madrid, 1999.

²⁸ “¡Que sea maldita para siempre la estrella bajo la cual nací, que ningún cielo quiera protegerla, que se disperse por el espacio como un polvo sin honra! Y el instante traidor que me precipitó entre las criaturas, ¡sea por siempre tachado de las listas del Tiempo! Mis deseos no pueden ya compadecerse con *esta mezcla de vida y de muerte en que se envilece cotidianamente la eternidad*. Cansado del futuro, he atravesado los días, y, sin embargo, estoy atormentado por la intemperancia de no sé qué sed. Como un sabio rabioso, muerto para el mundo y desencadenado contra él, sólo invalido mis ilusiones para excitarlas mejor. Esta exasperación, en un universo imprevisible – donde empero todo se repite - ¿no tendrá fin jamás? [...]” *Ibidem*. (s.n.)

APÉNDICE

La plegaria de un dacio

Mihai Eminescu

Cuando ni muerte había, ni nada vividor,
Ni el núcleo de lumbre, de vida hacedor,
No había hoy, mañana, ni siempre, ayer, ninguna,
Pues uno eran todas y todo era una;
Cuando la tierra, el cielo, el aire, el mundo entero
Estaban entre los que no eran más que cero,
Tú solo entonces eras; pregúntome, perdones,
¿A qué dios fiamos pues nuestros corazones?

Origen de los dioses y antes de los mismos,
Apoderó la chispa del agua de abismos,
Da alma a los dioses, ventura a la gente,
Y para el mundo entero es redentora fuente:
¡Rendídle homenaje, el corazón arriba!
¡Es muerte de la muerte, rescate de la vida!

Pues él me dio los ojos en que la luz germina,
Mi corazón llenando de gracia divina,
El rumor del viento, su paso yo sentía
Y en voces encantadas, su dulce poesía.
Mas por encima de esto, mendigo además:
¡Permita mi entrada en la eterna paz!

Maldiga a quienquiera me muestre compasión,
Bendiga a los que mis opresores son,
Escuche a toda boca si quiere insultarme,
Le dé poder al brazo que está para matarme,
Y el de los humanos, honor que se adquiera,
Que me robare incluso la piedra cabecera.

Me acose el mundo para pasar los años míos,
Hasta sentir mis ojos de lágrimas vacíos,
Que en todo hombre nace, de mi un enemigo,
Que soy un extranjero, en mi alma que abrigo,
Por el dolor, torturas, que calla mi sentido,
Que maldecir, yo puedo la madre que he querido –
Cuando el más rudo odio parézcame amor,
Quizás olvide entonces, muriendo, mi dolor.

El mísero cadáver, infame, de extranjero,
Al callejón lo echen entonces, si me muero,
Y al que, Padre mío, el perro azuzara
Que el corazón me rompa, le des corona cara,
Y al que apedreare mi cara dolorida,
¡Por gracia, mi Dueño, le des eterna vida!

Sólo así, mi Padre, yo puedo agradecerte,
Vivir en este mundo que me has dado suerte.
Para pedir tus dones, no doblo la rodilla,
Mas odios y blasfemias pedirte yo querría,
Que sienta yo tu aliento al mío que lo sella,
¡Que en la eterna muerte me pierdo yo sin huella.²⁹

²⁹ Mihai Eminescu, *Poesías*, Minerva, Bucarest, 1989, p. 104 – 105.